

tomó el bastón y salió de la estancia para dar las órdenes oportunas y Ana procuró consolar al señor de Spichov.

—¿Cómo os sentís?—preguntó.

Jurand estuvo pensativo un rato y luego dijo:

—Las antiguas heridas se han abierto.

—Pedidle á Dios que os ayude; poned en libertad á De-Begror y Danusia volverá á vuestra casa.

—Lo haré.

La princesa no creyó conveniente hablarle del matrimonio y pensó que Zbishko lo revelaría todo cuando llegase una ocasión favorable.

—No me culpéis,—dijo luego en alta voz; los mensajeros me entregaron vuestra carta y yo no la juzgué apócrifa.

—A nadie acuso,—dijo Jurand.

—La Santa Virgen protegerá á la doncella, que volverá á vuestros brazos. Recuerdo que en la última cacería Danusia estuvo á punto de ser destrozada por un búfalo y debió su salvación á Zbishko, que resultó herido y á quien el príncipe recompensó armándole caballero.

—¡Querida Danusia, tan bondadosa y bella!

La voz de la princesa temblaba; sus ojos se llenaron de lágrimas, y Jurand rompió á llorar.

—¡Jesús y María!

Y Zbishko gritó:

—¡Vamos á Spichov!

IV

—¿A quién pertenecen estos soldados?—preguntó Jurand que, después de pasar por Rodsanev, pareció despertar de un sueño.

—Es mi gente,—respondió Zbishko.

—¿Y los hombres que me acompañaban?

—Murieron todos en Nedsborg.

—¡Qué desgracia!

Zbishko calló; los dos jinetes habían puesto sus caballos al trote porque deseaban llegar cuanto antes á Spichov con la esperanza de encontrar allí á los embajadores de los cruzados; como hacía mucho frío, se había helado la nieve y los caballos no hundían en ella los cascos. Al caer la tarde Jurand pidió explicaciones respecto á los cosacos que habían ido al «pabellón de caza» y Zbishko le refirió todo lo ocurrido allí. Y en tanto que hablaba se acordó de la desconocida que le había procurado el bálsamo.

En una alquería preguntaron al czeco y á Zanderus, pero no supieron decirles más sino que se había marchado con la gente que se llevó á Danusia.

Zbishko creyó que la mujer en cuestión podría haber acudido al «pabellón de caza» con el fin de averiguar si Jurand estaba en el castillo ó no; en el segundo caso se debía modificar la fecha de la carta enviada á la princesa.

Esta intriga revelaba una astucia diabólica y Zbishko que sólo conocía á los cruzados por haberles combatido en los campos de batalla, se dió á imaginar que era preciso vencerles no solo por la fuerza sino también por la maña. Ante todo resolvió enviar á Zanderus á Tseitna para buscar á la mujer del bálsamo y averiguar por ella el paradero de Danusia. El joven caballero pensó que Zanderus no podía traicionarle porque le interesaba ser fiel y que en su calidad de mercader entraria con facilidad en todas partes.

Quiso pedir consejo á Jurand, pero viéndole dormido aplazó su intento hasta la llegada á Spichov. Aunque Jurand tenía la cabeza inclinada sobre el lecho no dormía y de pronto exclamó:

—¡Mejor hubiera sida morir en Nedsborg! Tú me salvaste...

—Con la ayuda de los demás.

—Y en la cacería defendiste á mi Danusia...

—Cumplí mi deber.

—¿Me ayudarás ahora?

Zbishko consideró la infamia de los cruzados y pensó en la joven. De pronto exclamó:

—Aunque deba roer con mis dientes las piedras de sus castillos, la encontraré.

Jurand se alegró en extremo y calculó que si le pedían á De-Begror podía entregarlo, que si le exigían un rescate lo daría. Pero ¡ay de aquel que hubiese osado levantar los ojos á Danusia.

La noche pareció interminable á los dos guerreros que la pasaron en vela; por la mañana Jurand dijo á Zbishko:

—Te cubrió con el velo y te salvó de la muerte; ¿la amas?

El joven caballero le miró de hito en hito y con audacia increíble profirió:

—Es mi esposa.

Jurand contuvo su caballo.

—¿Qué dices?—preguntó.

—Que es mi esposa.

Jurand llevó las manos á la frente como si una luz vivísima le hubiera deslumbrado, y sin decir palabra, espoleó su corcel.

V

Zbishko creyó que debía confesarlo todo y con voz insinuante murmuró:

—Oídme. Ved como ocurrió el casamiento. Sabéis lo que hizo por mí Danusia en Cracovia, pero no sabéis que

en Bogdanetz querían casarme con Jaghenka, hija de Zich de Zgogelitz. Mi tío Matzko lo deseaba, y Zich y un abate pariente suyo compartían este deseo. La doncella era hermosísima y rica; me compadecí de ella y aún más de Danusia y pasé á Masovia porque no podía vivir lejos de mi amada. Recordad cuánto habéis amado y nada hallaréis de extraño en mi narración.

Zbishko se detuvo esperando que Jurand pronunciara algunas palabras, pero el señor de Spíchov guardó silencio y el joven caballero continuó en estos términos:

—En el bosque salvé á la princesa y á Danusia, y aquella pensó que no os opondría á mi propósito; con todo yo no quería casarme con la doncella sin vuestro consentimiento; me hallaba en peligro de muerte porque el búfalo me había pisoteado; llegaron los soldados de Spichov y presentaron la carta. Danusia debía partir y yo no podía abandonar el lecho; temí perderla para siempre porque conociendo que vuestros propósitos no me eran favorables presumí que podríais casarla en Spichov con otro caballero. He pasado horas de angustia terrible; al perder mi Danusia perdía más que la vida. La princesa ordenó que se partiese por la mañana y entonces el Señor me inspiró la idea de suplicar á Ana Danuta me permitiese contraer matrimonio con Danusia antes de morir. No podíamos pedirnos permiso; el príncipe se había marchado y la princesa vacilaba no sabiendo qué hacer; Viscionok después de larga meditación, se decidió á bendecir el enlace y estamos casados. La ley de Dios...

—¡Y su castigo!—prorrumpió Jurand con voz sorda.

—¿Por qué?—preguntó el joven;—los raptos vinieron antes de nuestro casamiento y sin eso se la hubiesen llevado también.

Jurand no respondió. Ceñudo y pensativo, prosiguió su camino. Zbishko se arrepentía casi de su revelación. Sintió mortal tristeza; parecíale que ya no podía reconciliarse con Jurand ni recuperar á Danusia.

A esta melancolía siguió una profunda irritación; su temperamento batallador no le consentía entregarse á hondas meditaciones; deseaba luchar... No quiere la paz, pensó; tendrá que aceptar la guerra, y se sintió dispuesto á combatir contra el propio Jurand, Tenía necesidad de desahogar su ira y su dolor para buscarles alivio.

La comitiva llegó á un parador donde Jurand, á su vuelta de Tzechanov, solía dar descanso á los soldados y los caballos; se detuvo allí y al quedar solo con Zbishko le preguntó:

—¿Me sigues por élla?

—No lo niego.

El semblante de Jurand revelaba una tristeza profunda.

—¡La salvaste, y á mí con ella!—exclamó derramando lágrimas.

—Sentáos y descansad,—repuso el joven con acento de cariño;—os sentís muy débil.

Jurand abrazó al caballero, que se apresuró á desasirse y le besó la mano murmurando:

—Espero que nos reconciliaremos pronto.

Jurand replicó:

—Yo la había prometido al Señor.

—Se la prometisteis á Dios y Dios me la ha dado. Cúmplase su voluntad.

—Necesitamos más bien de su clemencia,—dijo el de Spichov.

—¿Créis que no se apiadará de nosotros? Dad en cambio de ella á De-Begrov.

—Les daré todo lo que me pidan, y mucho más...—
—profirió con ironía Jurand que al solo recuerdo de los cruzados sentía renacer en su corazón el antiguo rencor.

—También ye he de cumplirles mi promesa,—murmuró el joven;—pero lo más urgente es llegar á Spichov.

Esto diciendo, salió del patio para comunicar órdenes á

los criados, y como hacía mucho frío, decidió que Jurand y él terminaran su viaje en trineo.

—Por el camino, Zbishko habló de Matzko y afirmó que aquel viejo ladino podía serles útil.

—¿Y vos sois astuto?—preguntó el joven. — Yo nada tengo de listo.

—Ni yo,—respondió Jurand;—siempre he combatido con la espada y no con el pensamiento; mi divisa es la sinceridad y por eso me sorprende el vil comportamiento de los cruzados, á los que siempre combatí cara á cara. Me han atacado los cruzados alguna vez y cuando he cogido á un alemán lo he tratado como á caballero y no le he pedido rescate. ¡Cuántas veces no he ayudado á los cruzados! Y ellos me han tratado siempre como á su peor enemigo.

La voz de Jurand tembló; tristes recuerdos asaltaron su mente.

—Era mi vida; la quiero con delirio; y la han atado como si fuese un perro.

Zbishko no se atrevía á decir palabra ante aquel hombre que lloraba como un niño.

—No os afijáis,—le dijo al fin.—¿Por qué esos pícaros se llaman defensores de la cruz?

—No lo sé,—murmuró Jurand.

—Dicen que sabéis vengaros.

—Juré lavar con sangre el crimen por ellos cometido y ofrecí mi Danusia al Señor. Por eso temo que él se enoje con tu acción.

—No es posible,—dijo Zbishko,—Dios me la dió y se ha de cumplir su voluntad. Además, yo os ayudaré á combatir contra esos bribones y si vive aún algunos de los que querían arrebatáros vuestra esposa...

—No,—interrumpió Jurand;—todos han muerto.

Corrían los caballos y sus herraduras al chocar contra la nieve producían un sordo ruido.

—Una noche,—profirió Jurand,—oí una voz que me

decía: «No más venganzas,» y no le di crédito porque no era la de mi esposa.

—¿De quién pudo ser?—preguntó con inquietud el joven.

—No lo sé. En las habitaciones de mi castillo se oyen voces, gemidos; sin duda son los prisioneros que han muerto en las mazmorras.

—¿Y qué dice el capellán?

—Ha bendecido la casa y me aconseja desista de toda venganza. Pero siguen los combates sin interrupción.

—¿Habéis embolsado mucho dinero por los rescates de vuestros prisioneros?

—Jamás, porque de los que entraron en mi castillo solo De-Begrov saldrá con vida.

El cochero dirigió los caballos por un camino estrecho que en tiempo de lluvia debía ser impracticable.

—Nos acercamos á Spichov,—dijo Zbishko.

—Falta mucho; tenemos que atravesar la selva y luego los pantanos y los campos; en aquellos se han ahogado muchos alemanes.

—Cosa fácil cuando no se conoce el terreno. Si los cruzados mandan embajadores ¿cómo podrán éstos llegar al castillo?

—Han venido otras veces; conocen el camino.

—¡Quiera Dios que los encontremos en Spichov!—exclamó el joven caballero.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, cuando aparecieron en el lindero dos jinetes, detrás de los cuales se veían varios trineos.

Jurand y Zbishko dieron orden al cochero de avanzar hacia aquel grupo.

Los dos jinetes lanzaron un grito:

—¿Wer da? (1)

—Son alemanes,—dijo en voz baja Jurand á Zbishko y en seguida gritó:

(1) ¿Quién vive?

—¿Quiénes sois?

—Viajeros, peregrinos.

—¿De dónde venís?

—De Tseitna.

—¡Ellos son!—afirmó Jurand.

Entre tanto acercábanse los trineos, y en medio de los árboles aparecieron los soldados de Spichov que vigilaban día y noche los caminos. Al ver á su amo le saludaron sorprendidos por el inesperado regreso. Jurand se volvió hacia los alemanes y preguntó:

—¿Dónde vais?

—A Spichov.

—¿Qué queréis?

—Se trata de un mensaje para el castellano.

Jurand no quiso darse á conocer delante de tantas personas y sólo les preguntó si traían credenciales. Dijéronle que no y todos juntos se encaminaron hacia el castillo.

Zbishko se preocupaba más bien de Danusia que de la temida fortaleza y se fijó en los mensajeros. Uno de estos era la mujer del bálsamo y el otro un joven peregrino. Zbishko no reconoció á la primera, y el segundo parecióle un escudero disfrazado.

Al llegar al castillo, Jurand guió á los mensajeros á una sala donde ardía un gran fuego y sin invitarles á que se sentaran preguntó con voz amenazadora y terrible:

—¿Dónde está mi hija?

Los mensajeros se asustaron y la mujer miró al castellano, á Zbishko y luego á Kaleb, y murmuró:

—No lo sabemos; nos envían con una importante misión y tenemos que hablar con vos á solas.

—No tengo secretos para ellos,—dijo Jurand.

—Nosotros sí, noble señor,—repuso la mujer,—y si no los despedís nos marcharemos.

Jurand se contuvo porque recordó que se trataba de la suerte de su hija.

—Quedáos solo,—dijo Zbishko.

Y salió con Kaleb; en la sala de armas Glava le dijo:

—Es ella.

—¿Quién?

—La mujer que trajo el bálsamo de los cruzados. La he reconocido y con Zanderus creo que es una espía.

—Ya se verá; ¿conocéis el peregrino?

—No,—respondió Zanderus,—no le compréis bulas, porque resultarán apócrifas; tendríamos que atormentarle para averiguar la verdad.

—Después...—murmuró Zbishko.

En el interior la mujer hablaba con Jurand.

—Vuestra hija está en poder de esos bandidos.

—Que llevan una cruz en el manto.

—No hay tal; pero Diós se ha servido librarla y ahora está en lugar seguro.

—¿Dónde?

—En casa del hermano Schomberg,—murmuró la joven, cruzando los brazos sobre el pecho é inclinándose en actitud humilde.

Jurand palideció al oír el nombre del verdugo de los hijos de Vitoldo y doblando la cabeza permaneció como aterrado; el peregrino le miró con desprecio.

—Marguart está también encargado de la custodia de la joven, á la que nadie ofenderá.

—¿Qué debo hacer para que me la devuelvan?—preguntó Jurand.

—Humillarte ante la Orden,—observó con altanería el peregrino.

Jurand se levantó y acercándose al mensajero le dijo con voz potente:

—¡Calla!

El peregrino que sabía que Jurand tenía mal genio, pensó que era prudente callar y calló.

El de Spichov se volvió hacia la mujer.

—¿Traéis alguna carta?

—No, se nos han dado instrucciones verbales.

—Hablad.

La monja dijo:

—Los hermanos Schomberg y Marguart protegen á la señorita. Nada temáis. Sólo quieren los hermanos devolveros bien por mal si accedéis á lo que piden.

—¿Qué quieren?

—La libertad de De-Begrov.

Jurand lanzó un suspiro y profirió:

—Os lo daré.

—Queremos los demás prisioneros.

—Sólo tengo dos escuderos de Marninghen y de De-Begrov, y algunos siervos.

—Les pondréis á todos en libertad.

—No me importa, con tal de que me devuelvan á mi hija.

—Mis hermanos me han encargado deciros que unos bandidos robaron á la muchacha y que por lo mismo podrían pedir os rescate por ella. Quieren que el pueblo no sepa que se halla ahora en poder de la Orden, pues al final resultaría una calumnia infame contra los cruzados.

—Comprendo,—murmuró Jurand.

—A nadie debéis decir la verdad, porque si no podrían resultar terribles concurrencias en cuanto el Maestro se entere de lo que ocurre.

Jurand pensó primeramente que era natural que los comtur quisieran evitar la difamación, pero después consideró que aquello encubría alguna maquinación tremenda; aquel miedo que se apodera de los más valientes cuando un peligro amenaza, no á ellos, sino á las personas que aman.

Haciendo un esfuerzo, preguntó:

—Los comtur exigen el secreto; pero ¿cómo guardarlo si es preciso poner en libertad á De-Begrov y á los demás?

—Decís que aceptasteis el rescate para libertar á vuestra hija.

—Es que jamás he aceptado rescates.

—Por que nunca se trató de Danusia,—replicó la mujer.

El peregrino, que estaba asustado, dijo:

—Tal es la voluntad de Schomberg y de Marguart.

La monja añadió:

—Diréis que este peregrino os ha traído el rescate y marcharemos con los prisioneros.

—¿Qué? ¿Imagináis que devolveré á los prisioneros antes que me devuelvan á mi hija?

—Entonces venid vos mismo á Tscitna y los frailes os devolverán vuestra hija.

—¿Yo á Tscitna?

—Sí, porque si los ladrones la secuestraban nuevamente en el camino se sospecharía de la Orden y así es preferible entregárosela á vos mismo.

—¿Y quién me dice que no se me prepara una celada?

—La virtud y el honor de la Orden.

Jurand reflexionó que estaba en poder de los cruzados y que ellos eran los que podían dictar condiciones.

—Bien, iré á Tscitna y vosotros permaneceréis aquí. A mi vuelta os pondré en libertad así como á De-Begrov y demás prisioneros.

—Señor,—insinuó el peregrino,—si no tenéis fé en nosotros, ¿cómo queréis que nuestros hermanos la tengan en vos?

De buena gana hubiese Jurand estrellado al peregrino contra la pared; pero se contuvo.

—No sé quien eres; pero no abuses de mi paciencia.

El peregrino replicó:

—Digo lo que me han mandado.

—Señor,—murmuró la monja,—nos han dicho que fuerais á Tscitna con De-Begrov.

Jurand replicó á la mujer:

—¿Y no os han dicho que puedo romper los huesos á vosotros, á De-Begrov y demás canalla?

—Vuestra hija está en poder de la Orden, de Schomberg y de Marguart.

—¡Sí, en poder de asesinos, envenenadores y verdugos!

—Que sabrán vengarse. Antes de partir me han dicho que si haciais algo contra vuestros prisioneros, vuestra hija morirá como los hijos de Vitoldo. ¡Escoged!

—Pensad,—añadió el peregrino,—que os halláis á merced de los comtur. No quieren éstos vuestra desdicha; lo que quieren es que por los desafueros cometidos os inclinéis ante el manto de la Orden y pidáis perdón. Si un día fuisteis nuestro enemigo, ahora debéis ser un defensor nuestro.

—Esto es lo que quieren los comtur,—insistió la monja.

Jurand callaba; el peregrino le miraba con temor. El guerrero pensaba que no era vana amenaza la muerte de Danusia y que después de asesinarla y enterrarla en algún punto escondido, todos jurarían que no contribuyeron á su muerte.

Es verdad que podía torturar á los embajadores; pero ya le parecía presenciar el suplicio de Danusia, que tendía hacia él sus manitas implorando socorro.

¡Si por lo menos la niña estaba en Tscitna! Entonces podría tomar por asalto el castillo y libertar á su hija. Pero ¿y si estaba en otra parte? Pensó que cogiendo al peregrino y á la monja y llevándoles á presencia del gran Maestre podría obligarles á hablar; pero ¿y si se empeñaban en negar?

¿Qué hacer? Ir á Tscitna era imprudente, equivalía á su sentencia de muerte sin estar seguro de libertar á su hija. No sabía qué hacer.

Jurand reflexionaba. Los mensajeros se cansaron y dijeron:

—Pronto apuntará el alba; permitid que vayamos á descansar.

Salieron, y entraron Zbishko y Kaleb.

—¿Qué dicen? ¿Qué quieren?—preguntó el joven acercándose á Jurand.

El señor de Spichov se estremeció.

—¿Qué tenéis? ¿Estáis malo?—preguntó Kaleb.

—No.

—¿Y Danusia? ¿Por qué han venido esos?

—Para traer un rescate.

—¿Un rescate?

—Sí.

—Por De-Begrov. ¡Ea, hablad! ¿Qué tenéis?

—Nada.

Su voz era ronca; Zbishko y Kaleb cambiaron una mirada. El joven insistió:

—Decidme en nombre de Dios, ¿dónde está Danusia?

—No está con los cru...zados...—murmuró Jurand que cayó al suelo como un cuerpo muerto.

VI

Al día siguiente los mensajeros de los cruzados tuvieron una entrevista con Jurand y partieron llevándose á De-Begrov y demás prisioneros. Spichov escribió una carta al príncipe diciendo que Danusia no había sido robada por los cruzados y que había medio de recobrarla. Lo mismo dijo á Zbishko. Por la tarde se confesó y comulgó. Llamando después á Tolima, le dijo:

—Este es el marido de mi hija. Si yo muriese, él será el dueño del castillo, de las tierras, de todo Spichov.

Tolima miró con asombro al joven; pero no contestó.

Jurand dijo:

—Mi testamento lo tiene el padre Kaleb. En cuanto á ti, sé fiel á Zbishko como lo fuiste conmigo y muéstrale las riquezas ocultas en el subterráneo.

Salió Tolima haciendo una reverencia.

—Con los tesoros que poseo se puede rescatar, no uno, sinó cien prisioneros,—explicó Jurand á Zbishko, quien preguntó:

—¿Por qué habláis de darme Spichov?

—Porque te concedo mi hija.

—¡La muerte y la vida están en manos de Dios!—exclamó Kaleb.

—Lo sé,—dijo Jurand con tristeza.

—Sólo habláis de la muerte,—repuso Zbishko;—no me habláis de Danusia.

—Danusia volverá, porque la protege Dios. Amala, Zbishko; llévala á Bogdanetz; estará más segura allí.

—¡Diríase que tenéis ya un pie en el sepulcro!

—No me siento bien. ¡Hija mía, mi único tesoro!... Amala, Zbishko, ámala; júrame que no la ofenderás, que sólo cuidarás de ella.

—¡Lo juro!

—¡Amén!—dijo Kaleb.

Jurand, abriendo los brazos, exclamó:

—Ven, hijo mío.

Todos se acostaron porque era tarde. Al día siguiente, muy de mañana, Zbishko fué á ver á Jurand.

En la puerta halló á Tolima.

—¿Cómo está el señor?—preguntó.

Tolima replicó inclinándose:

—¿Qué queréis?

—Saber si Jurand ha pasado buena noche.

—Ha marchado.

—¿A dónde?

—No sé. Se puso la coraza.

VII

Alboreaba cuando el guía dijo á Jurand:

—Permitid que descanse, señor; estamos cerca de Tscitna.

—Llévame hasta el camino.

—El camino está á la derecha del bosque. Desde la colina se vé el castillo.

El aldeano se sentó y trató de calentarse friccionando sus miembros ateridos.

—¿Sabes si el comtur está en el castillo?

—Sí, está enfermo.

—¿Qué tiene?

—Dicen que los polacos le maltrataron. Nuestros amos son valerosos; pero es arriesgado luchar con los polacos.

Y miró á Jurand, temiendo haber dicho una imprudencia.

—Vos, señor, habláis nuestra lengua... ¿Sois alemán?

—No. Vamos.

El aldeano se levantó y echó á andar, comiendo algunas frutas y un mendrugo de pan, pues la larga caminata le abrió el apetito.

El campesino hablaba entre bocado y bocado, explicando á Jurand que los alemanes les habían impuesto tantas contribuciones que no podían con ellas. Además no tenían temor de Dios y pocos días antes condenaron y encarcelaron al cura de Velborg porque les afeó su conducta.

Por fin llegaron al final del sendero, que desembocaba en ancha y bien cuidada carretera,

—Este es el camino,—dijo el aldeano;—ahora podréis ir aprisa.

—Vuélvete,—contestó Jurand alargando una moneda de plata al campesino.

Este, acostumbrado al trato que daban los cruzados no creía á sus ojos.

—Gracias, gracias; que Dios os bendiga. Tscitna está allí.

Se alejó. Jurand permaneció solo, fija la mirada en la húmeda niebla que ocultaba los objetos lejanos. Al pensar del modo cómo debía presentarse en el castillo maldito, sentíase humillado. Jurand, cuyo nombre hacía temblar á los comtur, iba ahora á implorar á los cruzados con la cabeza baja, conforme querían.

Indignábale tal pensamiento pero se consolaba pensando que no había sido vencido por la fuerza y el valor, sino por la malvada astucia. Comprendía que la bandera que siempre desplegara orgullosa quedaría ahora manchada por la cobardía y la vergüenza. ¡Ah, si no fuera por Danusia! ¡Con qué gusto volaría á la batalla y haría morder el polvo á los cruzados! Pero por temor á dejarse llevar de un arrebato no se movió del camino hasta recobrar su sangre fría.

Y levantó la frente, como para pedir inspiración al cielo. Alto, robusto, cubierto de hierro, con la mirada centelleante, antes parecía un guerrero preparando una batalla que un padre que pensaba en libertar á su hija.

La niebla se disipó y á lo lejos apareció una mancha oscura, un castillo de Tscitna. Jurand inclinó la cabeza y juntó las manos; su oración era la del que nada espera de los hombres y sí de Dios. Sintió una suave melancolía en el alma al pensar que Dios le tendría en cuenta todos sus padecimientos.

Jurand recordaba lo que le había ocurrido á san Jorge y aquel recuerdo le infundía valor para entregarse en manos de los cruzados.

No abrigaba la menor ilusión y se veía ya dentro de un obscuro calabozo, pero aquel mismo pensamiento le daba ánimo porque imaginaba que, al vengarse de él, dejarían libre á Danusia. Creía que le llevarían á un castillo lejano de la Masovia, donde estaría tranquilo pensando que había salvado á su hija.

El castellano de Spichov se preguntaba si el maestre al saber su captura mandaría que le pusieran en libertad ó si por el contrario continuaría su suplicio.

—Quizá el Maestre castigará á los raptores de Danusia, —dijo en voz alta Jurand;—podría ser para captarse la benevolencia de Janús.

La esperanza que no abandona nunca á los mortales infundió vigor á los cansados miembros del caballero.

—Yo la prometí á Dios y éste la ha dado á Zbisko. No puede abandonarla; la arrancará de manos de los alemanes y la devolverá a su valeroso marido.

Los ojos de Jurand se humedecieron; en aquella alma de hierro vibraba la esquisita afectuosidad de un padre.

Tscitna aparecía cada vez más distinta.

—Cuánto me alegraría verlos el uno en brazos del otro, —pensó Jurand.—De muchos enemigos me he vengado. Padecí y gocé en esta vida. Muero esperando que no todos me olviden. Danusia no me olvidará de fijo. Dios la proteja, —murmuró á modo de conclusión el señor de Spichov.

Pasaron por el camino hombres y carros y después un grupo de soldados que llevaban á un campesino preso por haber robado algo. Al ver á Jurand los soldados quedaron admirados y luego al advertir sus espuelas de oro bajaron los arcos en señal de saludo y le cedieron el paso.

Al llegar á la ciudad se encaminó directamente hacia el castillo.

Graznaban los cuervos revoloteando; Jurand vió que de cuatro horcas pendían los cuerpos de cuatro aldeanos, súbditos de la Orden.

No soplaban el menor hálito de aire. Los cuervos picoteaban á los infelices y al llegar Jurand se levantó una bandada enorme que pronto volvió á su punto favorito.

Sonó un cuerno. Abrióse una maciza ventanilla de hierro y un soldado preguntó:

—¿Quién va?

—Jurand de Spichov.

Cerróse de nuevo la ventana. El silencio era profundo. Sólo se oía el lúgubre graznar de los cuervos. Jurand tocó otra vez el cuerno, pero no le contestaron. Comprendió que las humillaciones empezaban. El altivo caballero de buen grado hubiera lanzado una gruesa piedra contra las rejas, pero acordándose de Danusia, permaneció esperando.

En las almenas aparecieron algunos capacetes. Los guerreros miraban con asombro á Jurand, que frente á la puerta se hallaba inmóvil. Les parecía imposible que aquel temido caballero se acercara al castillo que debía servirle de prisión y de tumba. Algunos criados se burlaron de él y le lanzaron bolas de nieve.

Hizo un movimiento y aquello bastó para que las burllas cesaran; pero después volvieron á echarle no solo nieve sino trozos de hielo y piedrecitas que resonaban en su coraza de acero.

Jurand pensando en Danusia se contenía; dieron las doce, los soldados echaron á Jurand los huesos mondados. Algunos dijéronle que se colgara de la horca vacía. Por la noche disipóse la niebla; la oscuridad no era muy densa; pero el castillo quedó silencioso y los cuervos cesaron de graznar. Jurand pensó que los cazadores no abrirían las puertas de noche; pero luego, recordando que deseaban hacerle esperar permaneció allí con admirable constancia. Un rumor de pasos que se oyó sobre la nieve le distrajo de sus meditaciones. Se volvió y vió acercarse seis guerreros con arcos y alabardas y entre ellos otro que llevaba una espada.

La puerta se abrirá para ellos pensó Jurand, y así podrá entrar. No me maltratarán porque han prometido no tocarme, pero si se atrevieran ¡ay de ellos!

Al estar los recién llegados junto á Jurand el caballero de la espada preguntó:

—¿Sois vos Jurand de Spichov?

—Yo soy.

—¿Queréis escucharme?

—Os escucho.

El ilustre De-Danfald me advierte que si no bajáis del caballo no se abrirán las puertas del castillo.

Jurand desmontó.

—Debéis entregarme las armas.

El Señor de Spichov permaneció indeciso, pero entregó el hacha, la espada y el puñal. Los soldados cogieron las armas y el caballero que los capitaneaba le dijo en tono de mofa.

—Por todas las ofensas que has inferido á la orden ponte este saco que te manda el komptur y con la cuerda al cuello espera que su clemencia te abra la puerta.

Alejóse el piquete. Jurand comprendió que ya no era el temido guerrero, sino un miserable que imploraba la piedad de gentes que nunca lo conocieron.

Levantó las manos al cielo y llorando exclamó:

—¡Dios mío, ayúdame! ¡Concédeme la fuerza de olvidar el honor, la gloria, de obedecer á mis verdugos, á los raptos de mi hija!

Diciendo esto, púsose el saco y fué hacia la puerta aún cerrada. Las horas transcurrían lentas y penosas; la luna alumbró los campos silenciosos y los muros del castillo.

Silencio, silencio por todas partes. Jurand fantaseaba. Algunas veces creía ver una sombra negra que se le acercaba y otras imaginaba oír el canto de los serafines.

Estremecióse de pronto; de la ventana de la torre salieron los acordes de un laúd; Jurand creyó soñar, pero gol-

peándose la frente aplicó el oído. Una melodía suave vibró en el aire; una voz infantil cantó:

Si el buen Dios me diera alas
Y pudiera yo volar
Junto á Jasko ya estaría
Y me pondría á rezar.

Jurand quería gritar, hacerse oír de su hija amada, pero las palabras no salían de sus labios y el mísero padre sólo pudo lanzar un grito inarticulado. Su corazón se estremeció. ¡Danusia vivía!

—Gracias, Dios mío, exclamó Jurand, cayendo de rodillas.

La canción continuaba:

Posada sobre el tejado
Y mirando hacia su cuarto:
«¡Oh Jasko mío!, diría,
¿Acaso no ves mi llanto?»

Al alborar un soldado empujó al caballero que estaba tendido en la nieve y con malos modos le dijo:

—Levántate; las puertas están abiertas y el komptur ordena te presentes á él.

Jurand volvió en sí, y sin decir palabra, compungido y humilde, siguió al soldado.

Cuando hubo cruzado la puerta, gímieron las cadenas, se levantó el puente y quedó cerrada la salida.